

dirigia á los botes.—Pronto vuelvo: no se olvide Vd. de los anises.

—¿Nos dejarán embarcar, Pipaon?—me preguntó el conde.

—Voy á pedir licencia.

En cuatro palabras me puse de acuerdo con el respetable D. S... S... acerca de los medios de plantar en la calle el estorbo que por necesidad habíamos traído. El conde saldría; pero ántes que volver á entrar se convertirían en anises todas las piedras del cercano río.

Un momento despues era desamarrado uno de los botes, y ocupándole D. Diego que empuñaba resueltamente los remos, despues de describir varias curvas se acercó mansamente á la orilla.

—Entren Vds... Presentacion, adentro. Señor D. Juan, salte Vd.

Saltamos adentro y tomamos asiento en los bancos del bote. Era la primera vez en mi vida que yo me embarcaba.

—¿Saben Vds.—dije á los dos jóvenes cuando habíamos avanzado como cinco varas por el agua,—que este suave movimiento no me agrada? Se me va la cabeza.

—¡Se le va la cabeza!—dijo Presentacion.—¡Qué será de la monarquía, si se le va una de sus principales cabezas!...

La miré á ver si reía; pero estaba seria.

—¡Una de sus principales cabezas!—repitió D. Diego remando cada vez con más fuerza.—Ahora me acuerdo de que no he dado á Vd. las gracias... ¡qué distraído soy!... por la bandolera que me ha conseguido.

—Eso no vale nada, amiguito. Vd. se merece más—dije con mucha inquietud.—Hágame Vd. el favor de poner la proa á tierra... Por mi amigo el infante D. Antonio juro que el navegar es cosa imponente.

—¿Pero se marea Vd. aquí?... ¡hombre de Dios! ¿Y no se avergüenza Vd.?

—Un hombre de Estado, una eminencia—dijo Presentacion,—una lumbrera de España y del siglo, ¿perder su aplomo tan fácilmente?

—No me mareo, pero la verdad, esto no me gusta... A la otra orilla, que es tarde y tenemos que ver la pajarera.

—Otro poquito más—dijo la niña.—Me encanta este suave movimiento. ¡Qué hermosa es el agua!... Mire Vd., mire Vd. los pescaditos. ¿Pues y esas yerbas verdes y negras que se ven debajo?... Aquí tienen ellos sus nidos, sus casas, sus alcobas, sus camas, sus despensas... Mire Vd. como van en bandadas por el agua, como se juntan y se separan. Parece que se dicen un secreto, que se hacen preguntas, que

disputan y se reconcilian despues. Y ¡cómo se ve el cielo en el fondo! parece otro cielo, ¿no es verdad, Pipaon? ¡Qué bien se ven de aquí los árboles de la orilla; se ven dos veces, unos vueltos hácia arriba y otros hácia abajo! ¡Oh! por allí vienen los cisnes. De lejos parecen una escuadra navegando á toda vela. ¡Ay! Pipaon ¡qué hermoso es esto!... A ver si sé yo remar.

—¡Tonta! Tú no tienes fuerza—dijo D. Diego, defendiendo los remos.

—Señor conde, diríjase Vd. á la otra orilla—exclamé yo, empuñando el timon, con no menos brio que un Sebastian Elcano.—La verdad es que estas cáscaras de nuez no me inspiran gran confianza. Puede romperse una tabla con la mayor facilidad, y aquí se ahoga uno sin remedio.

—Yo no, porque nado como un pez—dijo D. Diego.

—A tierra, á tierra.

—¿Que se ahoga uno? ¡Dios mio!—exclamó con espanto Presentacioncita.—¿Si uno se cae aquí, se ahoga?

—Sin remedio.

Por más que ordenábamos al remero que nos llevara á tierra, se empeñaba el tunante en dar vueltas y más vueltas alrededor del lago. Corria velozmente la frágil embarcacion, y la

niña de la condesa parecía muy complacida de aquel extraño modo de pasear, porque aspiraba con delicia el aire que en nuestra carrera nos azotaba el rostro, y con sus manecitas agitaba el agua, salpicándola, cual si también remase.

—Basta, basta ya. ¡A tierra!

—Está Vd. pálido, Pipaon—me dijo la niña, acercándose á mí con mucho interés.

—Pálido no—repuse,—pero nos hemos paseado ya bastante por los mares.

—¿Quiere Vd. un caramelo?—dijo registrando los bolsillos.—¡Qué diablura! Se me han olvidado.

—Habrá Vd. traído anises.

—Tampoco—añadió con mucho desconsuelo.

—Mira, Diego, en cuanto volvamos á la orilla, saldrás á comprarme unos anises. Verdaderamente, no me puedo pasar sin anises.

—En los puestos del río los hay,—indicó yo.

Daba el bote una vuelta, cuando ví que un guarda con descompuestos ademanes de ira nos hacia señas para que fuésemos á la orilla. Era un ardid convenido con D. S... S... para poner término á la excursión naval, si se prolongaba mucho.

—¿Ven Vds.? El guarda nos hace señas de que salgamos del bote,—grité, fingiendo el ma-

yor enfado.—¡Qué desacato hemos cometido! Nos van á echar de la posesion.

—Vamos, vamos—dijo la niña.—Aquel buen hombre está muy enfadado.

Pero el conde seguia remando, y la nave su suave curso alrededor del vasto charco. Dispóníame yo á arrancar los remos de las manos del jóven, cuando divisé en la orilla de enfrente muchedumbre de hombres y caballos.

Presentacion se puso pálida.

—Buena la hemos hecho—exclamé, reconociendo los coches de la Casa Real.—Ahí está Su Majestad... Cuando ménos nos mandan á la cárcel.

—¡Jesús, qué miedo!—dijo la muchacha.—¿Dónde nos esconderemos? Diego, tú tienes la culpa. Vamos á tierra pronto, hijito, ó échanos á pique, para que ocultemos nuestra vergüenza.

El muchacho reia con un desparpajo que me arrebató de cólera.

El guarda seguia haciendo señas. Tras el coche del Rey entraron otros, y bien pronto vimos paseando por la orilla á Su Majestad en persona, acompañado del duque y seguido de distintos individuos de su alta servidumbre. Poco despues aparecieron algunas damas. Don Dieguito remaba suavemente hácia tierra.

De pronto observamos que el Rey y todos los que le acompañaban se detenían á mirarnos. Estábamos sirviendo de espectáculo á la córte.

—¡Qué vergüenza!—dijo Presentacioncita, —¡Cómo nos miran!... Su Majestad se ha fijado en Vd., Pipaon. Parece que se sonrie.

En efecto, sonreía mirando el bote.

—Salude Vd. á Su Majestad, Pipaon, salude Vd., hombre—exclamó con afán la niña.— ¡Por Dios, no sea Vd. grosero!... ¡Qué poste!... Pero hombre, levántese Vd.

Púseme en pié, sombrero en mano... y en el mismo instante ¡Dios Todopoderoso y Misericordioso!... sentí unas pequeñas pero enérgicas manos que se apoyaron en mi espalda... recibí un impulso terrible, del cual no pude defenderme, por estar desprevenido, y caí con estrépito y como una piedra en el agua... ¡Horror incomparable!!!

Cuando mi cuerpo chocó en la superficie del agua y esta salpicó con estruendo y chasquido horrible y sumergíme repentinamente, sentí un rumor espantoso de carcajadas, y sobre mí la voz de Presentacioncita, que con el ardor de la venganza, exclamaba:

—¡Por tunante! ¡por cobarde! ¡por pillo! ¡por traidor! ¡por al...!

La última palabra no la copio por respeto á mí mismo.

.....

Yo nadaba como una peña. Fuí derecho al fondo. Agua por todas partes, agua en mis ojos, en mi boca, dentro de mi cuerpo, agua en mi aliento, que ya no era aliento, sino el angustioso hálito de la asfixia. Tragaba la muerte... me moria por dentro y por fuera... ¡me ahogaba!...

¡Ay! Cuando me sacaron, no sin trabajo, los guardas, ayudándose de ganchos, mi persona inspiraba horror, segun me han dicho. Yo era una masa de fango pestilente. Los cortesanos huyeron de mí con asco, mientras los guardas me envolvian en mantas, haciéndome los tratamientos necesarios para volverme á la vida. Dentro de mi estómago tenia todo el estanque, todo el Océano y hasta el bote.

Cuando adquirí la certeza de que aún vivia para bien de la humanidad y amparo de los desvalidos, era ya de noche. Todo era silencio. Estaba en una sala, y á mi lado no ví ni Rey ni cortesanos. Los guardas me miraban y recordando el chasco, se reian.

Entónces, trayendo á la torpe memoria accidentes y pormenores, empecé á caer en la

cuenta de que Presentacioncita se habia burlado de mí, haciendo una obra maestra de estudiada farsa, de disimulo, de pérfido engaño. ¡Maldita sea mil veces! Recordando su comedia, su bien fingido enamoramiento, sus coloquios conmigo, la habilidad suprema con que me fué conduciendo poco á poco á la nefanda catástrofe, de acuerdo con su hermano, con su novio y sus criados, me parecia mentira que todo fuese una burla. Despues he sabido que mi conducta con las señoras de Porreño y el señor de Grijalva le inspiraron aquel plan de venganza, que llevó adelante con su incontrastable voluntad y su agudísimo entendimiento. Me aborrecia apasionadamente, me odiaba con exaltacion; soñaba con la venganza, y ningun ideal amoroso, ninguna fantasía de mujer hubiera enloquecido su mente, como aquella ánsia de burlarme de un modo cruel, inaudito, no contentándose con el martirio de la ridiculidad, sino aspirando á daños mayores, á la muerte quizás... Confesó la pícara que nada se le importaba que me ahogase, pues un sér tan vil y despreciable como Pipaon (así mismo lo afirmo) debia morir donde vivia, es decir, en el lodo.

¡*Hórrida, bella!* Desde entónces, Presentacion me causó espanto. Yo no me parecia á

Marat; pero ella tenia no poco de Carlota Corday.

—Pero despues de tal infamia, ¿les dejaron marchar tranquilos?—pregunté á D. S... S... que se me acercó para informarse de mi estado.

—La muchacha reia—me dijo;—el jóven remaba con mucha fuerza para llegar á la otra orilla; pero por mucha prisa que se dió, ya les aguardaban allá los guardas, dispuestos á hacer presa en ellos... Fueron, pues, cogidos ambos hermanos, ¿porque son hermanos, no es verdad? La muchacha estaba serena, tan serena que parecia un ángel; y cuando le afeamos su conducta, respondió que Vd. por trapisondista y farsante... (no sé cuantas insolencias salieron por aquella linda boca), bien merecia el re-mojon delante de la córte, y aún la muerte.

—¿Y Su Majestad no dispuso...?

—Su Majestad, cuando vió que mi señor D. Juan salia lleno de fango, dijo sonriendo: "¿está vivo ese tunante?"

—*¿Ese tunante?*

—Así mismo. Luego añadió: "yerba ruin nunca muere," y fué hácia donde estaban los dos criminales detenidos por los guardas.

—Sin duda iba á disponer un castigo tremendo...

—Su Majestad reía de tan buena gana, que daba gusto verle. Todos nos reíamos. De repente algunos señores de la córte que acababan de entrar en la posesion se encontraron con Su Majestad en la senda que dá vuelta al lago. Detuviéronse todos: aquellos señores traian una grave noticia, venida hoy por el correo de Francia, una noticia estupenda, horrible, que dejó absorto y frio y pálido á Su Majestad, y mudos de espanto á todos los que le rodeamos.

—¿Y esos dos muñecos?...

—Su Majestad estuvo un rato mudo y quieto, como si se convirtiera en estátua. Despues dijo: "Vamos al instante á palacio;" y pusiéronse todos en marcha.

—¿Y esos dos muñecos?...

—Yo interrogué al Rey para saber lo que haciamos con ellos y entónces volvió á reir...

—¡A reir!

—Y con mucha complacencia dijo: "qué se les deje en libertad, y no se les moleste por su travesura."

—¡Travesura! ¡Se escaparon! ¡La impunidad!... ¿Y qué noticia es esa...?

—Que Napoleon ha vuelto de la isla de Elba.

FIN DE LAS MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815

Madrid.—Octubre de 1875.



— Su Majestad es de tan buena gana, que  
 le ha dado orden de que se le permita, en  
 todo el tiempo que durare la guerra, que acabe  
 de entrar en la posesión de las cosas que se  
 le han quitado en la guerra que da vuelta al  
 Delavidero. Y de lo que se le ha quitado  
 una gran cantidad de cosas que se le han  
 quitado, una noticia de lo que se le ha  
 quitado y de lo que se le ha quitado, que  
 que con esta y otra y otras cosas que se le  
 han quitado, se le ha quitado lo que se le  
 ha quitado.



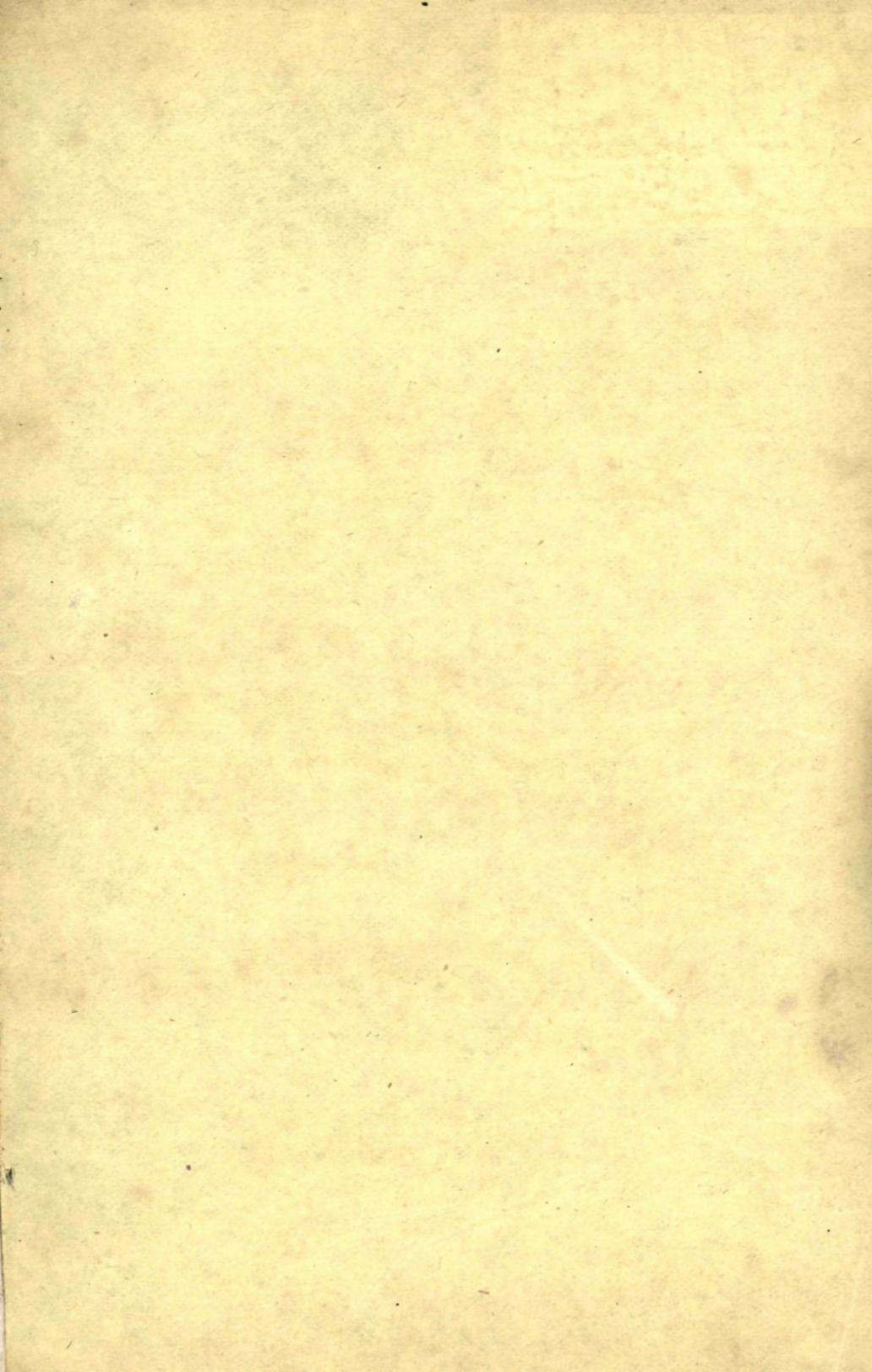
— Y yo me voy a casa, que me he  
 cansado de estar aquí, y me voy a casa  
 a descansar, y me voy a casa a descansar,  
 y me voy a casa a descansar, y me voy a  
 casa a descansar.

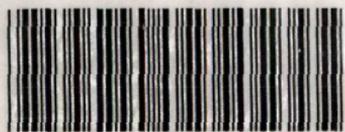
— Y yo me voy a casa, que me he  
 cansado de estar aquí, y me voy a casa  
 a descansar, y me voy a casa a descansar,  
 y me voy a casa a descansar, y me voy a  
 casa a descansar.

— Y yo me voy a casa, que me he  
 cansado de estar aquí, y me voy a casa  
 a descansar, y me voy a casa a descansar,  
 y me voy a casa a descansar, y me voy a  
 casa a descansar.

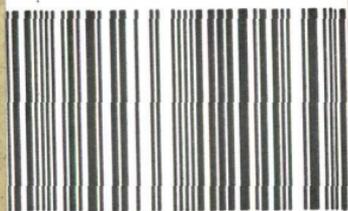
— Y yo me voy a casa, que me he  
 cansado de estar aquí, y me voy a casa  
 a descansar, y me voy a casa a descansar,  
 y me voy a casa a descansar, y me voy a  
 casa a descansar.

— Y yo me voy a casa, que me he  
 cansado de estar aquí, y me voy a casa  
 a descansar, y me voy a casa a descansar,  
 y me voy a casa a descansar, y me voy a  
 casa a descansar.





1052121



7 104566 120164